

¿Que había pasado con las Jovitas? ¿Estaría rabioso el ratón y las había mordido?

De repente se abrió la puerta y apareció doña Jovita, triunfante con el ratón sujeto por el rabo, balanceándolo orgullosa a nuestra espantada vista: era en realidad una rata de más que mediano tamaño.

—Doña Pilar, ya pueden pasar tranquilos.

No sabíamos qué hacer ni qué decir. Mi madre, nerviosa, empezó a reírse, primero bajito pero cada vez mas fuerte. Y sus carcajadas nos fueron contagiando hasta acabar todos llorando y riendo al mismo tiempo, mientras las Jovitas seguían enarbolando su sonrisa beatífica y victoriosa. Esa había sido su venganza del secretario.



6 LAS PLUMAS DE LACA

Ricardo Serrano Deza

—Ahora no nos vamos a volver sin ver nada.

—Pero esos ruidos, y con esto tan oscuro...

—argumenté en un hilo de voz.

Aquello era lo más parecido a la negrura del infierno.

—Nada. De aquí no nos vamos sin ver los secretos —respondió tajante mi hermana.

La carbonera era una bodega con paredes de roca viva a la que se accedía por una trampa en el suelo de la terraza. Nada más empezar a bajar la angosta escalera, se percibía un aire frío y solo una bombilla de hilo retorcido permitía vislumbrar algunos

objetos: dos serones de arpillera, unos montones de leña, carbón y cisco... Al fondo, sobre una roca sobresaliente del suelo, estaba lo que buscábamos, el baúl, y las llaves estaban puestas.

La casa tenía su entrada por la plazuela Santa Catalina, en el alto que rodea la iglesia de Santo Tomé el Viejo, pero la terraza y el jardín daban al desnivel que domina la Casa de los Deanes. En medio, por un milagro de la piedra, quedaba aquel intersticio lóbrego y mágico donde llevábamos a cabo nuestra investigación.

Todo había empezado por la caja de fotos —que era en realidad una vieja caja de cartón de las que vienen con las camisas—, desbordada ya por su contenido de recuerdos familiares de todas las épocas. Una foto en particular había retenido la atención de Pile: ella misma, muy pequeña, con un abrigo blanco mientras un brazo la sostenía para mantenerla erguida.

—Claro, este es el abrigo del tío José María, el de las plumas.

—¿El de qué plumas? ¿Qué tío José María es ese? —había preguntado yo.

—Las plumas de laca. Tú ven conmigo y calla.
—Y Pile había iniciado sin más la expedición.

Encaramados en la punta de roca que sobresalía ante el baúl, no tuvimos dificultad para levantar la tapa del baúl, convexa como el casco de un barco que navegara al revés por el tiempo. Dentro había alguna prenda de ropa, una resmilla de papel amarillento, un atado de cartas y una caja de cuero marrón. Mi hermana fue derecha hacia ella.

—Estas son las plumas del tío José María —dijo Pile levantando la tapa.

Brillos de oro, opalescencias ligeramente translúcidas, aquel ‘recado de escribir’ comprendía dos portaplumas con sus plumines, una estilográfica y un lápiz mecánico, que fue lo que a mí me llamó verdaderamente la atención al comprobar la salida de la mina, finísima, con un giro.

—¿Quién es este tío José María? —pregunté a mi hermana.

—Se ha muerto —respondió.

—¿Y de quién son las plumas ahora?

—Mías. El tío dijo que serían para mí...

—¡Jo! ¿No me darás el lápiz?

Pero la puerta de la casa había sonado en el mundo de arriba y hubo que devolver la caja de plumas al baúl. De todas formas era demasiado